

á trancos hacia la puerta de la derecha, por donde se va gritando lo que sigue. Luego se le ve pasar hacia la izquierda por la plaza, gesticulando como un insensato. ¡Con esta gente pierde uno la calma, y la educación, y la paciencia, y la salud, y el decoro, y la dignidad, y el estómago, y el dinero, y hasta la idea de la especie humana!... ¡Jorobal! ¡jorobal! ¡jorobal!...

Mientras desaparece diciendo esto último, con las palmas y las cucharillas los unos y con los tacos los del billar, le hacen una ovación entre risas y gritos.

BERRUGUETE. ¡Muy bien! ¡muy bien! ¡Yo estoy con usted, señor Solano!

COLMILLO. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Al Congreso con ese hombre!

POZO. ¡Á la casa de fieras!

MOLERO. ¡Hoy la ha pillado mayor que nunca!

DON MELCHOR. ¡Es mucho Solano!

DOMÍNGUEZ. ¡Bravo! ¡bravísimo!

GORDILLO. ¡Muy bien! ¡muy bien!

COLMILLO. ¡Bravo! ¡bravo! ¡bravo!

Bautista, que no toma parte en la algazara, recoge el servicio de coñac y contempla filosóficamente el bajón que ha dado la botella.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón de planta baja en el caserón de los Latorres, en Guadalema. Puertas grandes á derecha é izquierda. Galería de cristales al foro, que comunica con el jardín. Muebles de mimbre.

Es por la mañana y en el mes de Setiembre.

MANOLITA y DON FAUSTINO están sentados en el primer término de la izquierda, y SALVADORA y JUAN en el último de la derecha.

Manolita es una señora muy guapa, casada y con prole, pero que se conserva como una rosa. Aunque tiene muy buenos ojos, ve poco y los entorna con cierta gracia al mirar. En extremo expresiva y nerviosa, su cara es una sucesión de gestos, y con las manos va pintando á lo vivo todo cuanto dice. Persuadida de que lo hace muy bien, tiene la monomanía de imitar á las personas de quien habla. Viste con elegancia que alarma á su marido.

Don Faustino es un señor de presencia noble y simpática: barba y cabellos blancos y abundantes, primorosamente cuidados; cejas pobladas; mirada entre grave y socarrona; manos muy finas. Su hablar es reposado y zumbón. No sale de su casa y viste prendas amplias y cómodas, de telas ricas y elegantes. No fuma.

Salvadora y Juan son dos servidores antiguos de la casa, jubilados ya. Están de visita y visten el traje propio de la gente del pueblo en casos tales.

MANOLITA. Don Faustino, yo me voy á marchar. Estoy volada.

DON FAUSTINO. Señora, no sea usted cruel: ¿va usted á privarme tan pronto de la contemplación de sus hechizos?

MANOLITA. En el pecado llevo la penitencia: me privo yo de la contemplación de los de usted...

DON FAUSTINO. No esperaba esa flor. Me ha sacado usted los colores...

MANOLITA. Bueno, pues le dice usted á Gracia que yo volveré luego. Tengo muchísimo que hacer. Ella estará con sus pobres, ¿verdad? Sí, porque es sábado... ¡Ay!... El Asilo y las fiestas del Asilo me van á sacar el sol de la cabeza.

DON FAUSTINO. Y á mi hija también, por las trazas.

MANOLITA. Y á todo el que tenga sangre en las venas. Usted, como es un comodón redomado y ni á tres tirones sale de su concha...

DON FAUSTINO. Ni á tres tirones: como que en mi concha no veo más que aquello que me agrada—por ejemplo, usted—y en la calle puedo ver mucho que me moleste.

MANOLITA. Ya, ya.

DON FAUSTINO.

*Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y una amiga...*

MANOLITA. Un amigo, me parece que dice el verso.

DON FAUSTINO. Sí, pero yo prefiero una ami-

ga; y que perdone el clásico. Además, y no es esto pesimismo imprudente, creo que en esa cuestión del Asilo van ustedes todos á salir con las manos en la cabeza.

MANOLITA. No se lo diga usted á nadie: yo voy pensando igual que usted. Y me voy cansando de tanto ir y venir pidiendo limosnas y favores, y de tantas malas caras como veo, y de tantas groserías como escucho. ¡Jesús!

DON FAUSTINO. Es muy triste; pero ya verá usted el desenlace.

MANOLITA. El propio Gonzalo, cuya epidermis es muy fina, está ya amargadísimo y lleno de asco, y tentado de echarlo todo á rodar.

DON FAUSTINO. Á propósito: una pregunta que quiero hacerle á usted hace tiempo.

MANOLITA. De prisita, de prisita...

DON FAUSTINO. ¿Usted cree que el entusiasmo de mi hija Gracia por la fundación de ese Asilo es pura y exclusivamente fruto natural de sus sentimientos generosos?

MANOLITA. Pues ¿qué otra cosa puede ser?

DON FAUSTINO. ¡Manolita, por Dios! Es la primera vez en su vida que ha estado usted torpe.

MANOLITA. Es que estoy hablando con un hombre muy listo.

DON FAUSTINO. También es verdad. Vamos á ver si me comprende usted ahora. Suponiendo que el iniciador de ese proyecto, en vez de ser Gonzalo Vega fuese... ¿quién le diré yo á usted?... fuese Berruguete, ¿usted cree que mi hija...?

MANOLITA. Ni una palabra más: es cierto. Me

había marchado á las Batuecas. ¿Y le pesa á usted tanto entusiasmo, don Faustino?

DON FAUSTINO. ¿Á mí? Le aseguro á usted que no puedo verlo con más simpatía.

MANOLITA. Ni yo. Estamos de acuerdo.

DON FAUSTINO. Usted y yo, siempre.

MANOLITA. Siempre: es verdad.

DON FAUSTINO. Sólo hay una cosa en que diferimos bastante.

MANOLITA. ¿Cuál es, que no caigo?

DON FAUSTINO. Que usted adora á su marido y yo lo odio á muerte.

MANOLITA. ¡Jesús! ¡Pobre Sarmiento! En fin, me voy. No lo digo más. Poniéndose de pie y dejando sobre cualquier mueble un envoltorio que tiene en la mano. Ahí queda esa cinta de la de Luque. La dejo aquí para que no la curioseen *Doña Deficiencia* y su hija.

DON FAUSTINO. ¿Va usted ahora allá?

MANOLITA. Los malos tragos pasarlos pronto. ¡Ay! Le temo á esa señora más que á un retrato al óleo; que salga bien ó salga mal hay que colocarlo en la sala. La estoy viendo: me recibirá calándose los impertinentes... Ahora usa impertinentes. «¿Usted en mi casa?... ¡Tanto bueno! Siéntese usted en el *pun*, que estará más cómoda...» Porque dice el *pun*. Y en seguida saldrá la niña, con aquella cara de ciruela mondada y aquella voz de gárgaras de malvavisco: «Hola, Manolita, ¿cómo está usted?...»

JUAN. Soltando la risa desentonadamente, sin poder reprimirse. ¡Ja, ja, ja!

SALVADORA. Calla, hombre.

DON FAUSTINO. Aquellos se rien.

MANOLITA. La galería siempre está de mi parte.

DON FAUSTINO. Y las butacas y los palcos, señora. ¡Mal fin tenga Sarmiento!

MANOLITA. Vamos, hombre, deje usted á Sarmiento. Y no me acompañe usted, que sé el camino y no me llevo nada.

DON FAUSTINO. Señora, ¡por los clavos de Cristo! ¡Si lo que siento yo es que no suenen aquí, para despedirla á usted á gusto mío,

*las cajas y las trompetas,
los pájaros y las fuentes!...*

Se van riendo por la puerta de la derecha. Á su paso, Salvadora y Juan se levantan, y vuelven á sentarse cuando se quedan solos.

JUAN. Soltando la risa como antes. ¡Ja, ja, ja!

SALVADORA. ¡Pero, Juan!

JUAN. ¡Na me digas, mujer! Es lo grande, que mientras más en vesita se está, más risa dan las cosas. ¡Ja, ja, ja! Rie largo rato.

SALVADORA. ¡Calla; no seas pollino!

JUAN. ¡Mía que remeda bien á to el mundo la señorita! Y á mí el que me hace gracia es el señor: tan respetoso y tan fino él, y se divierte con su sombra. Cuanto más viejo, más burlón.

SALVADORA. Calla, hombre.

JUAN. Mujer, paeces boba: ¿qué vamos á hacer los dos callaos?

Vuelve DON FAUSTINO por donde se marchó. Salvadora y Juan se levantan al verlo.

DON FAUSTINO. Quietecitos, quietecitos... Soy yo solo. Viendo que no se sientan. Vamos, no estéis de pie.

JUAN. Con permiso del señor.

Se sientan de nuevo. Pausa. Don Faustino pasea.

DON FAUSTINO. ¿Y no sabéis para qué os ha llamado mi hija?

JUAN. Levantándose otra vez, como Salvadora. Na nos ha dicho; pero es la que yo pienso: por fuerza tiene que ser pa alguna cosa.

DON FAUSTINO. Pues has puesto el dedo en la llaga. Pero no os levantéis. Torna á sentarse el matrimonio. ¿Habéis entrado por el jardín?

SALVADORA. Con permiso del señor; sí, señor.

JUAN. La señorita nos mandó pasar. No puede continuar hablando sentado y se levanta. Salvadora lo imita, como siempre. Ella estaba allí con sus pobres; como todos los sábados... ¡Me acordé más de la señora!

SALVADORA. ¡Pobrecita! ¡Lo mismo los trataba!

JUAN. Es toa ella, toa ella... Me dió gusto mirarla ahora, á la entrá del jardín... Conforme le daba el sol, ella tan guapa y tan lucía en medio e tanto pobre, paecía un cuadro.

SALVADORA. Como la señora: igual que la señora, que en gloria esté. Si éste me dijo, dice...

JUAN. Le dije, digo: se me ha figurao que ahora es antes, y que voy yo pa la cochera á enganchar el tiro de mulas... ¿Se acuerda el señorito de la *Pinturera* y la *Mañosa*?

DON FAUSTINO. ¡Ya lo creo!

JUAN. Pues ha caído agua desde entonces.

DON FAUSTINO. Y nieve. Mira cómo estamos tú y yo.

SALVADORA. Bajo, á su marido. Cállate, Juan, que se ha afetao.

Se callan y tornan á sentarse. Don Faustino pasea. Pausa.

DON FAUSTINO. Viendo venir á GRACIA por el jardín. Ahí tenéis ya á mi hija. Salvadora y Juan se levantan.

Llega GRACIA del jardín, por el foro. Es de belleza fresca y juvenil. Su atractivo mayor es la lozania. Su cara es una rosa de te, que mantiene y lleva dignamente su cuerpo; flexible y lleno de salud. De mirada inquieta, dulce casi siempre, á ratos imperiosa, brilla en ella la espontaneidad de los sentimientos. Sus ademanes son muy desenvueltos y graciosos, pero muy femeninos. Viste un traje ligero de mañana, y trae un bolso en el que suenan algunas monedas, y una sombrilla roja que cierra al llegar.

GRACIA. Hola. ¿Qué es eso? ¿se ha ido Manolita?

DON FAUSTINO. Sí. Gracia se muestra contrariada golpeando el suelo con el piececito. Pero no te alteres; me ha dicho que volverá muy pronto. Ahí ha dejado eso.

GRACIA. Alguna cinta para las carreras.

DON FAUSTINO. Justo.

GRACIA. Abriendo el envoltorio y viendo la cinta. Pues es muy mona. Mira, papá, mira qué primor: de Mariquita Luque.

DON FAUSTINO. ¡Qué bien pinta el profesor de esta muchacha!...

GRACIA. De todo has de reirte. Mientras envuelve la cinta de nuevo, dirigiéndose á los criados con familiaridad. ¿Qué hay, abuelos, qué hay? ¿Por qué estáis de pie?

DON FAUSTINO. Porque no pueden hablar sentados. Ya lo verás.

JUAN. ¡El señor!...

GRACIA. Tú les causas mucho respeto. Vaya,

acercaos á mí, que tenemos que tratar de cosa muy grave. Sentados, por supuesto.

Juan y Salvadora obedecen.

JUAN. Con su permiso, señorita...

Forman los tres un grupo á la izquierda. Don Faustino los mira desde enfrente.

GRACIA. Á Juan y Salvadora. Vamos á ver: yo tengo un capricho.

DON FAUSTINO. ¿Tú un capricho, hija mía? ¡Qué cosa más extraordinaria!

GRACIA. Papá, no empieces. Sé que desde anteanoche sois abuelos.

JUAN. Desde anteanoche á las diez y cinco.

DON FAUSTINO. ¿Sí? ¿Qué novedad es esa? No sabía una palabra. ¿Y es niño ó niña lo que ha venido al mundo?

JUAN. Niño; con permiso del señor.

DON FAUSTINO. No, no; yo no entro ni salgo.

GRACIA. ¿Y la madre está bien?

SALVADORA. Á Dios gracias. Y la criatura como un ángel.

JUAN. Mujer, no te ciegues.

SALVADORA. ¡Vaya! Á éste le ha dao por decir que es feo.

JUAN. ¡Y lo es! ¡Pué que se arregle en el desarrollo, como yo, pero trabajillo va á costarle!

GRACIA. Bueno, y ¿cuándo pensáis bautizarlo? Porque ahí entro yo.

JUAN. ¿Que entra usted?

GRACIA. Sí: quiero ser la madrina.

Salvadora y Juan se miran asombrados y ruborosos, y se ponen inconscientemente de pie.

JUAN. ¿La madrina?

SALVADORA. ¿Usté la madrina?

JUAN. ¿Tú oyes esto?

GRACIA. Pero no os levantéis, que no hace falta.

JUAN. De rodillas debíamos ponernos, señorita.

Se sientan.

SALVADORA. ¡Talmente su madre!...

JUAN. ¡Mía el arrastrao del chico, tan feo y to, la suerte que tiene!

SALVADORA. Pues el padrino iba á ser éste, pero ya...

GRACIA. Ninguno mejor: no hay que pensar en otro.

JUAN. Riéndose mucho. ¡Ja, ja, ja!

GRACIA. ¿De qué se ríe?

JUAN. ¡Ja, ja, ja!

SALVADORA. ¿De qué te ríes, hombre?

JUAN. De que voy á necesitar un castorín.

Se ríen todos.

SALVADORA. Sí que tendrás que ponerte majo.

GRACIA. No; despilfarros, no. No te compres nada.

DON FAUSTINO. Pues á mí lo del castorín me parece preciso: indiscutible.

JUAN. ¡El señor!...

GRACIA. Mira, con que vaya yo de mantón, estamos al cabo de la calle. Es una idea. ¿Verdad, papá, que es una idea?

DON FAUSTINO. ¡Hija de mi alma! ¿Tú quieres salir en pliegos de aleluyas?

SALVADORA. ¡La señorita de mantón!... ¡Ah!...